

# Y brotó la vida

Solange Rodríguez Pappé

Privados, austeros, restringidos, descansen.

Para los que vienen en pos de degustar sensualidades, el convite está servido. Tomen de lo que hay a placer. Ya han sido bastantes soledades y distancias, al igual que los sobrevivientes de otras plagas, somos peregrinos que demandan que retorne el tiempo de los pecados. Con lo que quede de la civilización prenderemos fuego y eso arderá alimentado del pasado. Con lo que resta empezaremos la fiesta de los póstumos. Vamos a alimentarlos y a darles de beber porque es justo y lo tienen merecido.

149

Empezamos ofreciendo una entradilla fresca y crujiente a cargo de Damián Matailo con tres propuestas gráficas sobre la cotidianidad pandémica donde todos nos reconocemos con una sonrisa triste. Muy de soslayo, Matailo aborda ciertos temas que implican a las comunidades armadas bajo esta nueva forma social: la vida doméstica invadida por la virtualidad y la representación falsamente formal, la alimentación y el eros de cada día. Matailo se divierte en lo evidente y exhibe con humor que estamos más solos y deseantes que nunca.

Luego viene la carne. Las dos narradoras de este dossier, Lena Yau y Kathy Serrano, tienen en común la relación sensual entre el paladar y las pieles, sus personajes: un hombre que se plantea restricciones y una mujer expansiva, entablan diálogos fantasmáticos donde los sabores fuer-

tes y la lujuria solventan el aburrimiento del tiempo muerto. Mientras que en *Islario* de Lena Yau se hace el retrato de un confinamiento apático, su protagonista tiene como única posibilidad de aventura recordar placeres antiguos y comer lo más refinado posible para así entretenerse. Su paladar le da la posibilidad de un viaje inmóvil a base de golosinas preparadas con mesura y a conciencia. El trayecto por sabores sofisticados en el que se embarca para sobrevivir a la encerrona mundial se vuelve un propósito en sí mismo, y le sirve como pretexto para no enloquecer de desgano. Como contraparte, la mujer vitalista creada por Kathy Serrano sigue impulsos impredecibles que la hacen seguir la corazonada de una terraza azul donde una fiesta sexual la espera y como cuando se abre su carne también se abre su apetito, ella se zampa un hombre entero y también cuanta bebida y comida le pongan por delante hasta que la digestión del festín está hecha y con ella llega el desencanto. Serrano nos propone la posibilidad de que los muertos extrañen de los vivos la mesa y la cama.

Lo verde y lo agrio lo ponen Carlos Luis Ortiz y Miguel Donoso Gutiérrez; ellos retratan paisajes que se pintan desde dentro y que son proyecciones de sus identidades poéticas en tránsito por las emociones. En el caso de Ortiz, la ciudad en un lecho donde se persigue a una amada sabia y sensual. El eros de este creador busca los bordes: la cópula y la muerte en equilibrio y de fondo las estampas de las calles y sus sinsentidos cotidianos que su voz recorre por si en alguna vuelta de esquina haya algo diferente que el tedio. Cordeles, humedad, gente ajena y vulgar... La posibilidad de amar, por fugaz que sea, hace posible encontrar luminosas las grietas de la urbe y como él dice bien: «extender la mañana». Gutiérrez construye espacios más amplios y reflexiona sobre el paso del tiempo con imágenes donde se estaciona la vida, se eleva y se deja caer. El mar sobrevolado por animales que

flotan libres y anárquicos sirve como pretexto para pensar sobre ser humano. El entorno es un espejo donde el hombre se refleja y se ve desdibujado; la edad lo ha debilitado. Solo sabe que no desea morir, pero que pese a ese deseo al que se aferra con vehemencia lúbrica, morirá. Queda el pensamiento, revoloteando como un pájaro desesperado.

Valeria Guzmán y María Luz Albuja traen delicadezas cremosas que van a deshacerse en nuestras lenguas, ambas nos hablan de las posibilidades voluptuosas de la existencia. Guzmán sabe que morir y alimentarse son dos finas líneas conectadas a la pulsión vital; a veces trenzadas de manera rara con la belleza. Búho nival es una gota brevísima, un zarpazo blanco, punzante como el grito de una víctima sacrificada. Quienes lean este poema sabrán que a veces se es el dañado, a veces se es victimario, pero siempre se tratará de la vida persistente en su burbujeo como un rumor subterráneo. Albuja escribe con contenida elegancia siendo una seductora discreta, «una telaraña que perdió sus hijos», pero que continúa siendo elástica y mortal. Su voz encuentra sensibilidad en la observación de las pequeñas cosas y las transforma en lúbricos objetos amorosos. Sus amantazgos de callejones, de yerba fresca, de ritual sagrado, son transitorios y también eternos, son recuerdos que deshace en la memoria mientras les saca brillo, preciosamente engarzados.

Y de postre, la delicia de mandarina. Agustín Molina ha elaborado un ejercicio poético filosófico de textura lisa y sutil que reflexiona sobre la relación cósmica entre un elemento de la naturaleza y el resto del mundo. La fruta se vuelve el sol de un sistema en tensión entre la mujer amada y el alimento, a manera de tentación primordial. El retorno vivificante al limo del que la vida brota y donde existen hormigas, mariposas y tarántulas, espectadoras de la ma-

ravilla. La mandarina, en su modestia, es un pretexto para el más exaltado exceso de los placeres ácidos.

Este es nuestro repertorio a catar, lectores.

Buen provecho y que haya repetición.